

LIENZOS FICTICIOS, FANTASÍAS ONÍRICAS
ESTUDIOS EN TORNO A *LOS SUEÑOS DE QUEVEDO*

Javier Espejo Surós y Carlos Mata Induráin (eds.)



FRANCISCO DE QUEVEDO EN SU BIBLIOTECA
«CON POCOS PERO DOCTOS LIBROS JUNTOS»

Isabel Pérez Cuenca
Universidad San Pablo-CEU

La imagen del Quevedo erudito y lector de autores clásicos y contemporáneos, de las letras sacras y profanas, ha quedado fijada en el tiempo a través de las plumas de algunos coetáneos, pero también de la suya, sobre todo mediante el conocido soneto en «elogio de la lectura» tan comentado por la crítica¹. Pero es posible que quien más haya contribuido a forjar la semblanza del escritor erudito² —«retirado en la paz de “sus” desiertos / con pocos

¹ Sirvan de ejemplo los versos que le dedicó Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*, p. 375; el elogio de Mártir Rizo publicado por Fernández-Guerra en Quevedo, *Obras*, p. 641: «Su ingenio es conocido por milagro de la naturaleza: gran juicio, gran capacidad, muchas letras y entero conocimiento de las lenguas italiana, francesa, latina, griega y hebrea; graduado por Alcalá en teología», o la carta que Lorenzo Vander Hammen de León remite a Quevedo con el manuscrito de *Felipe el Prudente* (antes de ser impreso en 1625) en busca de su opinión: «Quien como yo conociere a vuesa merced [...] se admirará cada día más, hallándole tan universal en todas las materias, y tan particular en cada ciencia o arte» (Quevedo, *Epistolario*, p. 133). El propio Quevedo también ha contribuido en la construcción de esa imagen, recuérdese el conocido soneto en «elogio de la lectura» tan comentado por la crítica, que comienza «Retirado en la paz de estos desiertos». Remito a Antonio Carreira, 2021, donde, además de estudiar el texto, ofrece una interesante revisión de los estudios publicados sobre el poema; nos interesa sobre manera destacar el comentario de Peraita Huerta, 2003, pp. 285-286, quien presenta el soneto como un autorretrato de Quevedo ocupado en la lectura.

² Entendemos el concepto de erudición como acopio de conocimientos y saberes de toda clase de materias, autores y épocas que se emplean cuando son precisos, tal como lo explicó Sagrario López Poza (1999) cuando abordó «cómo se hacía uso de ella en los discursos, como fruto de una práctica del método humanístico pacientemente adquirido en las aulas y en el itinerario intelectual de un hombre culto de la

pero doctos libros juntos»— rodeado de libros adquiridos por él o regalados por amigos y entregado en cuerpo y alma, noche y día, a la lectura y estudio haya sido su primer biógrafo Pablo Antonio de Tarsia³.

Tarsia publica la *Vida* de Quevedo en 1663, transcurridos dieciocho años desde la muerte del escritor, lo que hizo viable que aún obtuviese información de boca de conocidos y familiares, especialmente del sobrino Pedro Alderete (o Aldrete), heredero del mayoralazgo, de los papeles y biblioteca de Quevedo. En esta biografía, se exponen y describen un buen conjunto de aspectos relacionados con los libros y con las rutinas de lectura y estudio que parecen obtenidos de fuentes cercanas al biografado, de forma que todos los datos sobre los hábitos lectores gozan, al menos en apariencia, de plena fiabilidad, aunque siempre hemos tendido a considerar toda esa información hiperbólica. Pero lo cierto es que la documentación y los estudios publicados sobre la biblioteca de Quevedo, los hábitos lectores a partir de las huellas autógrafas que dejó en los libros y el método de trabajo documentado mediante la identificación de las ediciones y citas de las obras y autores clásicos, vienen a confirmar muchas de las afirmaciones de Tarsia.

En esta primera *Vida* se describe a Quevedo como un hombre plenamente dedicado al estudio y a la difusión de lo aprendido:

Estaba siempre ocupado, ya estudiando, ya comunicando sus estudios con ostentación de la viveza y prontitud de su ingenio, y nunca menos solo que cuando solo. Andando por las calles en su coche, acostumbraba llevar consigo papel y tinta para apuntar lo que podría ofrecerle su continuada aplicación⁴.

También se explica, y esto es de gran interés, pues va más allá de la simple anécdota, cómo acometía la lectura de sus libros: «Leíalos don Francisco no de paso, sino margenándolos con apuntar lo más

época», asunto este estrechamente relacionado con el aprovechamiento que Quevedo realiza «en el ejercicio de lectura atenta» de los libros de su biblioteca.

³ La semblanza de Quevedo como lector y humanista ha sido estudiada por Carmen Peraita Huerta, 2003 y 2003-2004. Respecto a la compra de libros por parte de Quevedo, o intercambio y envíos de libros entre él y sus corresponsales, el *Epistolario* ofrece numerosas referencias (algunas en las pp. 133, 175, 193, 236, 238, 271, 272).

⁴ Tarsia, *Vida*, p. 108.

notable y con añadir, donde le parecía, su censura»; «hallábase don Francisco muy bien en la soledad⁵, acompañada de sus libros y sazónada con la docta comunicación de tantos autores como tenía su librería, no dejando a veces divertirse intermitiendo el rigor de sus estudios»; la lectura, cuenta Tarsia, formaba parte de los viajes y de las comidas del escritor madrileño, a veces sustituía las cenas por ella, a la lectura cedía horas de sueño y todo por el afán de saber, «desechando de sí los respetos que llevan los que suelen avasallar tan libre y noble facultad al interés y comodidad del cuerpo»⁶. Todos los datos que proporciona sobre los hábitos lectores de Quevedo se encaminan, como ya explicó Carmen Peraita Huerta, a perfilar al humanista distinguido con todos los rasgos preceptivos:

El texto se afana en pormenorizar cómo Quevedo lleva a cabo un proceso de estudio incansablemente «logrado». La dedicación al saber está presentada como modelo de una determinada forma de vida [...], centrada en un ámbito devocional y heroico. Tarsia destaca circunstancias que se percibía integraban el ámbito humanista, tan diversos como —entre otras— una pasión «voraz» de conocimiento, conjugado con la autodisciplina del hábito lector humanista, aspectos de la fisiología del leer [...], la sociabilidad de la comunidad erudita [...]; dimensiones material del libro [...], caracterizaciones del mercado librero, en referencia a la gloria del autor y el consumo de sus textos, etc.⁷

Hoy sabemos, gracias a los muchos libros que conservamos de la biblioteca de Quevedo, que en el «ejercicio de esa lectura atenta»⁸ —tal como afirmó Tarsia— señalaba todos aquellos pasajes que des-

⁵ Los libros y la lectura le acompañaron y fueron consuelo en uno de los momentos más pesados de su vida, durante su encarcelamiento en San Marcos de León, según él confiesa en carta a persona desconocida [1641]: «Afligete en este destierro largo mi soledad. Es verdad que aquí estamos solos el preso y la cárcel; [...] y nunca me vi más acompañado que ahora que estoy sin otro. Doyme todas las horas [...]; razonan conmigo los libros, cuyas palabras oigo con los ojos» (Quevedo, *Epistolario*, pp. 420-421).

⁶ Tarsia, *Vida*, pp. 109, 158, 104-106. No vamos a hacer referencia de forma pormenorizada a cada una de las noticias y anécdotas que Tarsia incluye en esta biografía acerca de las prácticas lectoras y la relación de Quevedo con los libros por ser de sobra conocidas y haber sido examinadas de forma excelente y con todo detalle por Carmen Peraita Huerta, 2003.

⁷ Peraita Huerta, 2003, p. 273.

⁸ López Poza, 1999, p. 173.

pertaban su interés, unas veces subrayando, otras empleando marcas de llamadas de atención (manos y cruces), y con notas.

Carmen Peraita Huerta ha clasificado la marginalia quevediana hallada en algunos ejemplares de «“profesional” en el estudio sistemático y la elaboración de índices temáticos en un ejemplar interpaginado de la *Retórica* de Aristóteles; “creativa” en la composición de ocho sonetos en las guardas del *Trattato dell’Amore Humano* de Flaminio Nobili; “correctora” en la *Eraclide* de Gabriel Zinano, un tedioso poema épico dedicado a Felipe IV; “apropiativa” o de “apropiación” en la clasificación y traducción de referencias a Hispania en el *Epitome* de historia romana de Floro, etc.»⁹.

La compra de libros, para sí mismo o para otros —a la que también se refiere Tarsia—, en almonedas y en librerías, queda atestigüada en la documentación conservada —cartas e inventarios *post mortem* confeccionados para la venta de bienes¹⁰. Así pues, además de la compra de libros «nuevos» y de los regalados, Quevedo acudía al mercado de segunda mano para la adquisición e intercambio de ejemplares. Las firmas y rúbricas de Quevedo o de otros poseedores halladas en los ejemplares que le pertenecieron informan también de cómo se adquirieron o usaron. Este es el caso de una edición de las obras de Séneca, impresa en Lyon, por Sébastien Gryphius, en 1555¹¹. En la portada, dividida por la marca del impresor, hay una anotación de mano de Quevedo: «[...] instrumento de los libros de don Fran^{co} Quevedo Villegas con otros compañeros»; sobre esta, también dividida por el grabado del grifo, y de otra mano: «De don Iher^{mo}. An^{to}. de Medinilla y Po[rres]» y rúbrica¹². Así pues, por las notas manuscritas de la portada, sabemos que Quevedo y su amigo

⁹ Peraita Huerta, 2004, p. 322. Los ejemplares, siguiendo el orden de cita, se hallan en British Library, 232.f.29; Biblioteca Nacional de España (BNE), R/30070; Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano, R 4-3-26(1).

¹⁰ Bouza (2001, pp. 39-40) da noticia por vez primera de la compra por parte de Quevedo de un lote de libros en una almoneda. Años después, Dadson (2008) publicó el inventario de la almoneda.

¹¹ BNE, R/40521, reproducción en Biblioteca digital hispánica.

¹² Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres fue corregidor de Córdoba. En Córdoba, el año 1637, Salvador de Cea imprimió la traducción de Medinilla al español de la *Utopía* de Tomás Moro, para la que Quevedo escribió una «Noticia, juicio i recomendación de la *Utopía* [...]» (Tomás Moro, *Utopía*, pp. x-xii); no se ha de olvidar que un ejemplar del impreso en Lovaina, 1548, plagado de anotaciones autógrafas de Quevedo, formaba parte de la su biblioteca (BNE, R/20494).

Medinilla compartieron este ejemplar de la obra de Séneca, lo que ha de considerarse a la hora de leer y estudiar las abundantes apostillas manuscritas, subrayados y cruces de sus páginas.

A la costumbre de firmar y rubricar las portadas de las obras que formaban su biblioteca se une la de apuntar en alguna de las primeras hojas de guarda el coste del libro adquirido. Este dato puede comprobarse en el ejemplar que custodia la BNE de las *Catecheses* de san Cirilo de Jerusalén¹³. En el recto de la primera hoja de guarda figura la signatura del libro en la biblioteca del monasterio de San Martín de Madrid: «Cajón 1 [tachado 7] / núm. 21 / S. Martín»; en el reverso de la misma hoja de guarda, de mano de Quevedo, tras una nota en la que hace referencia a un pasaje de la obra, escribió la cantidad pagada por el ejemplar: «Costo. 6 _ r[eale]s». En la portada —sobre la marca del impresor—, siempre a mano, hay tres letras del alfabeto hebreo y tras el privilegio, en la parte inferior de la hoja, la firma y dos rúbricas del escritor madrileño: «D. Franciscus de Quevedo-Villegas [rúbrica / rúbrica]».

Esos tres caracteres hebreos forman un acrónimo de mucho uso en la tradición hebrea, leyéndose de derecha a izquierda: «Tau Lámed Jet», su desarrollo: «Tehil.lá La-El Jai», que significa «Alabanza al Dios Vivo». El mismo acrónimo aparece en otros impresos de la biblioteca de Quevedo; no podemos afirmar que los caracteres que lo forman hayan sido trazados por él y tampoco debemos descartar la posibilidad de que sean de otra mano. En este último caso, sería lógico pensar que los ejemplares que tienen esa marca fueron todos juntos adquiridos por el escritor, quizás en almoneda¹⁴.

Este ejemplar de las *Catecheses* de san Cirilo, con todas las anotaciones, textos subrayados y llamadas de atención (especialmente cruces), le ha permitido a Valentina Nider señalar varios aspectos de gran interés sobre cómo trabajaba el escritor. En primer lugar, observa que «algunas apostillas coinciden o apuntan explícitamente a la

¹³ BNE, R/38420, reproducción en Biblioteca Digital Hispánica. Este ejemplar ha sido estudiado de forma admirable por Valentina Nider (2013); nos serviremos de este ejemplar y del estudio de Nider para ver algunos aspectos concretos de las prácticas lectoras de Quevedo.

¹⁴ En el año 1625, adquiere por 50 reales un lote formado por 7 libros —unos impresos y otros manuscritos— y un mapa procedentes de la biblioteca de Francisco de Mendoza, obispo de Sigüenza y almirante de Aragón (Dadson, 2008, pp. 266, 280 y 294).

utilización de pasajes de san Cirilo en las obras que Quevedo estaba componiendo [...]; en segundo lugar, que algunas anotaciones son testimonios de las lecturas de Quevedo». De esta forma, dató varias de las apostillas (1625, 1626, c. 1627-1629 y principios de 1630), por lo que supuso que estas se remontaban a épocas sucesivas, es decir, leyó y releyó la obra, al menos entre 1625 y 1630, y comprobó que en las glosas había pasajes utilizados en sus obras y que, aunque en unos casos pudo citar de memoria, en otros son referencias precisas que indican una consulta simultánea de otros libros¹⁵.

En este sentido son de sumo interés las aportaciones realizadas por Francisca Moya del Baño, quien tras examinar y cotejar las citas de los clásicos, las ediciones que empleó y las notas y otras marcas que dejó en sus ejemplares, concluye que:

1) Quevedo en la mayoría de las ocasiones leyó, anotó, copió y citó directamente los textos, verificó las citas, citó correctamente y leyó mucho más de lo que citó.

2) Una obra o varias obras de un autor no siempre son citadas por la misma edición. Lo que hace pensar que: a) poseyó más de una, b) estaba atento a las novedades bibliográficas, c) pudo acceder a algunas bibliotecas nobiliarias¹⁶, d) en unos momentos tenía a mano una edición y en otros disponía de otra, y e) en algunas ocasiones pudo tener en su mesa más de una edición de la obra citada. Constató sin duda que tuvo más de un ejemplar de Aristófanes, Aristóteles, Cicerón, Homero, Licofrón, Persio, Píndaro, Séneca, Silio Itálico, Símaco o Verrio Flaco.

¹⁵ Nider, 2013, pp. 261-262. Son bastantes los trabajos publicados sobre los ejemplares anotados por Quevedo que proporcionan valiosa información sobre cómo trabajó, ahora citamos solo dos, el de López Grigera, 1998, por haber estudiado, editado y anotado las muchas notas —en opinión de la editora «apuntes tomados por él para el ensayo o “discurso” que proyectaba escribir sobre la estrecha relación que hay entre la poesía y retórica» (p. 85)—, del ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles, y la monografía de Francisca Moya del Baño, 2014, por ofrecer el conjunto completo de las obras grecolatinas citadas por Quevedo en sus obras, con la identificación de las ediciones empleadas y la localización de los ejemplares pertenecientes al autor.

¹⁶ Moya del Baño (2014, p. 23, nota 1) menciona las bibliotecas del condestable de Castilla, el conde de Gondomar o la del duque de Osuna. Añadimos a estas la del VII duque de Medinaceli y no descartamos la del IX almirante de Castilla; tampoco la de amigos cercanos, como Bartolomé Giménez Patón, vecino de Villanueva de los Infantes, lugar muy próximo a la Torre de Juan Abad, señorío de Quevedo.

3) No siempre cita por la edición de la que tenemos el libro propiedad de Quevedo; esto sucede, por ejemplo, con citas de la *Retórica* de Aristóteles.

4) Muchas citas coinciden con los textos de las ediciones que tenía el monasterio de San Martín de Madrid¹⁷; pero se ha documentado que esta coincidencia no se da siempre, caso de Tucídides.

5) Quevedo no solo leía los textos clásicos, sino también el conjunto de notas y comentarios que los acompañan.

6) Para la elaboración de sus textos, algo habitual en la época, consulta obras de referencia —diccionarios, polianteas, etc.¹⁸—. De ellas proceden algunas citas indirectas incluidas en su obra; así sucede en *España defendida*, donde recurre frecuentemente a *Del origen y principio de la lengua castellana o romance*, de Bernardo de Aldrete, pero sin limitarse a copiar lo allí encontrado, ya que lo aprovecha para aportar otras citas que derivan de sus propias lecturas.

7) Moya del Baño comprueba que rara vez se equivoca al citar y que los errores que pudo cometer son menores a los señalados por los estudiosos y editores de su obra. Además, conocer la edición utilizada permite corregir erratas de los impresos y manuscritos, ya se originen en el escritor o en los impresores y copistas.

8) Su última conclusión, Quevedo adapta las citas a su discurso.

Las aportaciones de Francisca Moya del Baño son de enorme transcendencia para conocer cómo Quevedo leía a los clásicos greco-latinos, lo que puede ampliarse a los padres de la Iglesia y al resto de obras y autores del repertorio de lecturas quevedianas. Pero también han supuesto un paso de gigante en el proceso de «recreación» o «reconstrucción» de la biblioteca real e hipotética de Quevedo¹⁹.

El primer problema con el que nos hemos enfrentado a la hora de reconstruir la biblioteca de Quevedo ya lo hallamos en el inventario

¹⁷ Más adelante explicaremos con mayor detalle la relación entre la biblioteca del monasterio de San Martín y la de Quevedo, ahora avanzamos que los libros del escritor madrileño pasaron al fondo monacal, posiblemente a finales del siglo XVII o en las primeras décadas del XVIII.

¹⁸ Sabemos que compró en almoneda un «nomenclator octilinguis» por 6 reales (Dadson, 2008, p. 280, ítem 257). Moya del Baño (2014, pp. 463-503) dedica un capítulo de su monografía a las «Obras de las que pudo tomar Quevedo citas indirectas. Obras mencionadas por él o de las que tuvo ejemplares».

¹⁹ Por «biblioteca hipotética» entendemos aquella formada por las lecturas que realizó Quevedo. Sobre un estado de la cuestión de los estudios referentes a la biblioteca de Quevedo puede verse Pérez Cuenca, 2019.

de sus bienes *post mortem* conservado, donde los libros —como es habitual en esta clase de documentos— se mezclan con otros enseres (armas, camas, ropa, cuados, material de escritura, etc.)²⁰. En él solo se registran los bienes que se hallaban a su muerte en Madrid repartidos entre tres personas amigas o allegadas a Quevedo:

1) Francisco de Oviedo, quien custodiaba un arca de pino cerrada y dos cofres en los que se guardaban poco más de 112 objetos²¹; de ellos 100 son libros.

2) A Juan de Molina dejó el escritor en un cofre y un arca pequeña algo más de 50 objetos descritos en 54 ítems, de los que 51 son libros.

3) El canónigo Guerrero custodió 38 libros de algo más de 50 enseres registrados en 51 ítems.

El cómputo total de ítems correspondientes a libros es de 188; el número de obras es algo superior, ya que en ocasiones se describen dos en un mismo ítem (77 «dos libros de manos», 78 «dos legajos de premáticas», 86 «dos libros griegos») y en otras pensamos que se encuadernaron juntas en un solo tomo varias obras (95 «Isaías y demás profetas») ²²; la colección descrita se forma prácticamente de impresos,

²⁰ No es un inventario solo de libros, en él estos se mezclan con otros enseres: armas, camas, ropa, cuados, material de escritura, etc. Fue dado a conocer por Maldonado (1975), quien acompañó su publicación de un espléndido estudio y de la identificación de un considerable número de obras con el apoyo del índice de libros del monasterio de San Martín; a partir de este trabajo se pudo avanzar con paso más firme en el conocimiento de la biblioteca de Quevedo. Años después, del catálogo de San Martín se sirvió Alessandro Martinengo (1983, pp. 173-179) para identificar más 100 ediciones sobre astrología que pudieron pasar por las manos de Quevedo. Ya en el siglo XXI, se regresó al inventario *post mortem* quevediano para continuar la labor comenzada por Maldonado, dejando pocos ítems del inventario sin una propuesta de identificación; en este camino, el catálogo de San Martín sigue siendo de consulta inexcusable (Fernández González y Simões, 2011). También recurrió a él Moya del Baño (2014) para la identificación de las ediciones grecolatinas citadas por Quevedo. Sobre la reconstrucción de la biblioteca de Quevedo remitimos a Pérez Cuenca, 2015.

²¹ Las cifras de objetos corresponden a los ítems del inventario.

²² Maldonado, 1975, pp. 415-416; en Fernández González y Simões, 2011, p. 14. En el caso del ítem 95 «Isaías y demás profetas», creo que puede tratarse del ejemplar firmado por Quevedo de la BNE 3/563: *In Vaticina Isaiae Phrofetae clarissimi paraphrasis, heroica carmine conscrita, libros septem complectens*, auctore Ioanne Carpentio [...], editio altera additamento textûs ipsius prophetæ auctior, Antuerpiae, ex officina Christophori Plantini, architypographi regii, 1588; la obra se

tan solo se señalan cuatro manuscritos. La lengua predominante es el latín, aunque se describen algunos ejemplares escritos en griego, en caldeo y en hebreo; escritos en lenguas romances no hay muchos, algunos en italiano, francés y español. Las descripciones de los libros son parcas, imprecisas y en ocasiones excesivamente generales; aun así, combinando esas descripciones con las más completas y precisas del índice de libros del monasterio de San Martín en Madrid, de la orden de san Benito, se ha podido identificar la mayoría de las obras en él inventariadas.

Es imposible que estos poco más de 188 libros formen el grueso de la biblioteca de Quevedo, estamos seguros de que son solo una pequeña sección de la colección que reunió a lo largo de su vida. Nos inclinamos a pensar que los bienes desperdigados por las casas de Oviedo, Molina y Guerrero constituyen, si no todo el conjunto, sí una parte del que se vio obligado a abandonar cuando en el año 1639, de noche y a escondidas, fue sacado de casa del duque de Medinaceli y trasladado al convento-prisión de San Marcos de León, donde permanecería hasta ser liberado en 1643, tras la caída del conde duque de Olivares.

Quevedo en su testamento dio claras indicaciones a sus albaceas —el duque de Medinaceli, Florencio de Vera y Chacón y Francisco de Oviedo— sobre cómo proceder con todas sus pertenencias diseminadas por diversos puntos de la geografía española: reunir las, inventariarlas y venderlas en pública almoneda. Copiamos a continuación algunos artículos del testamento que incluyen libros o podrían incluirlos²³:

[1] Iten mando que un baúl cerrado que tengo en la villa de la Torre de Juan Abad [...] se dé como está a su excelencia de el duque de Medinaceli y Alcalá [...].

encuadernó con Encuadernado con *Santissimi Patris Benedicti Vita heroicis tetrastichi expressa*, auctore Ioanne Carpentio [...] item Malchus Maroniades siue Monachus fugitiuus, ex D. Hieronymo, per eundem auctorem heroico carmine redditus, Antuerpiae, ex officina Christophori Plantini, architypographi regium 1588 (Pérez Cuenca, 2003, pp. 327-328).

²³ Se redactaron dos testamentos con sus correspondientes codicilos, con un día de diferencia entre el primero y el segundo, publicados los cuatro documentos por Fernández Guerra en Quevedo, *Obras*, vol. 2, pp. 677-682. Copiamos del segundo testamento (pp. 679-680), fechado el 26 de abril de 1645.

[2] Iten declaro que en las casas de la dicha villa de la Torre de Juan Abad hay dos baúles de moscovia [...] que el uno está lleno de papeles de importancia: se vacíen en una arca questá cerrada y la llave está en la mesa de los tornos²⁴; y se haga inventario con distinción y se traiga a esta villa [Villanueva de los Infantes], y se entregue a el señor vicario deste partido [Florencio de Vera y Chacón]. [...]

[3] Iten mando que [...] unos libros questán en lo alto de los tornos se traigan a esta dicha villa [...] haciendo inventario para que haya buena cuenta y razón. [...]

Iten declaro hay un baulillo como maleta en casa de el licenciado Juan Gallego, en que hay papeles de importancia, así de mis servicios, como de mi calidad: mando se ponga cuidado en él.

Iten declaro tengo en poder de el dicho Juan de Molina [vecino de Madrid], agente de los Reales Concejos [sic] un baúl mío con lienzos y otras niñerías y libros.

Iten declaro que en poder de don Francisco de Oviedo, vecino de Madrid, están dos baúles y un arca cerrados en los cuales hay libros [...], mando se cobre.

Iten declaro que en poder del canónigo Guerrero, residente en corte, agente del señor arzobispo de Granada, tengo un cofre muy grande y nuevo con vestidos y algunos libros [...], mando se cobre.

Iten quiero y es mi voluntad [...] se haga inventario de todos los bienes que deajo, muebles y raíces y semovientes, así en la villa de la Torre de Juan Abad, como en esta [Villanueva de los Infantes] y en la de Madrid y otras partes [...] y los vendan y los rematen en pública almoneda o fuera della.

Como se ha dicho, el único inventario conservado solo registra los bienes que se hallaban en casa de Juan de Molina, Francisco de Oviedo y el canónigo Guerrero; de los baúles —y de su contenido— de la Torre de Juan Abad y de Villanueva de los Infantes nada sabemos, de los libros que tenía en la Torre tampoco y aún menos sabemos de los bienes que estaban en «otras partes». Además podemos afirmar que los libros registrados en el inventario publicado por Maldonado (1975) no salieron a la venta en pública almoneda, estamos seguros de que la mayor parte de esos libros pasaron a la biblioteca

²⁴ Esta mesa de los tornos ha de ser en la que Quevedo trabaja y en los tornos ponía hasta ocho libros abiertos que podría consultar de forma simultánea; también tenía una con ruedas cuyo objeto era poder trabajar en la cama (Tarsia, *Vida*, pp. 105 y 106).

del VII duque de Medinaceli y sospechamos que otros muchos que no se describen en él también.

En el año 1673 se realiza el inventario de libros que el duque de Medinaceli tenía en El Puerto de Santa María, compuesto por 1.474 ítems o artículos y que fueron adquiridos por el monasterio de San Martín de Madrid²⁵ —en nuestra opinión— no más tarde del año 1699²⁶, fecha que lleva el primer índice de la biblioteca de San Martín y en el que están citadas muchas obras descritas en el de Medinaceli del año 1673.

Como ya señaló en su momento Álvarez Márquez, muchas de las partidas del inventario de Medinaceli aportan datos valiosos que ayudan a identificar la obra (autor, título, a menudo lengua cuando no es latín o español, número de tomos, tamaño y precio), y, en ocasiones, a diferenciar los impresos de los manuscritos. Las obras en él registradas están escritas en latín y español la mayoría de ellas, seguidas del francés, italiano, inglés, portugués, alemán, flamenco y griego, en menor medida en hebreo, caldeo y sirio. Los autores representados son numerosos, no faltan los clásicos grecolatinos (así, Anacreonte, Aristóteles, Demócrito, Heráclito, Luciano de Samosata, Píndaro, Apuleyo, Claudiano, Eliano, Floro, Juvenal, Séneca, etc.) y los padres de la Iglesia (san Agustín, san Juan Crisóstomo, san Juan Damasceno, Tertuliano, etc.); también hay una buena representación de filósofos y teólogos de tiempos pasados y contemporáneos (san Anselmo, san Isidoro de Sevilla, Boecio, Ramón Llull, san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Juan Driedo, san Ignacio de Loyola, entre otros), y el número de humanistas y escritores renacentistas, especialmente italianos y españoles es considerable (Bembo, Dante, Petrarca, Piccolomini, Pedro Mexía, etc.). No están ausentes los escritores contemporáneos (españoles y de otras nacionalidades) —aunque en menor número—, entre los que no falta Francisco de Quevedo. Los temas que cubren

²⁵ Del traslado al Puerto de Santa María de parte de la biblioteca del duque, entre los que iban libros que pertenecieron a Quevedo y del inventario dio cumplida cuenta el que fue bibliotecario de la casa de Medinaceli, Paz y Meliá (1915, vol. 1, pp. XXI-XXII). Cuando se imprime el trabajo de Paz y Meliá aún queda un libro firmado por Quevedo en la biblioteca ducal. Este inventario de los libros del Puerto de Santa María ha sido publicado por Álvarez Márquez (1988), al final se incluye un muy nutrido «índice de autores y obras segura o probablemente identificados».

²⁶ Pérez Cuenca, 2015, pp. 9-14

las más de 1.400 partidas son muy variados: diccionarios, gramáticas, poliantes, biblias, breviarios, martirologios, comentarios de las sagradas escrituras, obras teológicas, históricas, doctrinales, políticas, jurídicas, libros de viajes, biografías, concilios generales y provinciales, tratados de medicina, matemáticas, astronomía, arte, ciencias naturales, etc. Además, hay que reseñar la descripción de obras literarias o «entretenimiento» en el inventario: teatro, novelas de caballería y pastoriles, épica culta, prosa didáctica, poesía, etc.²⁷

Son bastantes las partidas de este inventario que coinciden con los registros bibliográficos del catálogo de los benedictinos, también algunos ítems de Medinaceli coinciden con los del inventario *post mortem* de Quevedo. En ocasiones confirmamos el paso de los ejemplares del inventario de Quevedo al de Medinaceli y de este al catálogo de San Martín. Veamos algunos ejemplos²⁸:

Obra (biblioteca, signatura topográfica)	Q	M	SM1, SM2, SM3
<i>Hesiodou Askraiou Ta Heuriskomena. Hesiodi Ascraei quae extant. Daniel Heinsius Interpretationem in nitis locis emendauit. Introductionem in Opera & Dies, in qua Hesiodi philosophia nunc primum exponitur, item notas, addidit, Lugduni Batavorum, ex officina Ioannis Patij, iurati & ordinarij Academiae typographi, prostant in Bibliopolio Comme-</i>	151/136		42r y 119r, —, 206v

²⁷ Álvarez Márquez, 1988, pp. 254-259.

²⁸ Muchos más ejemplos pueden verse en Pérez Cuenca, 2015. Para la identificación de los impresos que pudieron pertenecer a Quevedo y a Medinaceli, empleamos los índices de San Martín fechados en 1699, 1730, 1788, hay un cuarto catálogo de impresos fechado en 1789 (BNE, ms. 18839) no pertinente en esta ocasión. Empleamos las siguientes abreviaturas: inventario *post mortem* de Quevedo = Q; inventario *post mortem* de Medinaceli de 1673 = M; índices de San Martín de los años 1699 (BNE, ms. 13647) = SM1, 1730 (BNE, ms. 1908) = SM2 y 1788 (Biblioteca de la Real Academia de la Historia, ms. 9/2099) = SM3. De Q indicamos el número de partida en Maldonado (1975) y seguido de barra (/) en Fernández González y Simões (2011); de M el ítem asignado por Álvarez Márquez (1988); para SM1 citamos dos folios, el primero corresponde al índice alfabético y el segundo al de signaturas topográficas; para SM2 y SM2 el folio.

liniano, 1613 (Universidad de Salamanca, BG/33861) ²⁹			
<i>Dialogi piaceuoli di M. Nicolo Franco con la tauola di tutto quello, che ne l'opera si contiene</i> , in Vinegia, appresso Gabriel Giolito de Ferrari, 1545 (BNE, 3/76567)	—	680	69v y 139v, 86r, 180r
<i>S. Patris nostri Cyrilli Archiepiscopi Hierosolymorum, catecheses illuminatorum Hierosolymis XVIII et V mystagoga: quae tempore quidem Hieronymi & Damasceni extabant, ut ipsi testantur [...] nunc primum Latinitate donatae in lucem prodeunt, Ioanne Grodecio [...] interprete</i> , Antuerpiae, excudebat sibi & Materno Cholino, ciui Colonienſi, Christophorus Plantinus, 1564 (BNE, R/38420) ³⁰	—	—	21v y 92r, 57r, 131r
<i>Aeliani De varia historia libri XIII: nunc primum & latinitate donati & in lucem editi Iusto Vulteio vveterano interprete item, De politiis siue Rerum publicarum descriptiones ex Heraclide, eodem interprete</i> , [Colofón:] Basileae, ex officina Ioannis Oporini [...], 1548 (BNE, R/9560) ³¹	—	1423	—, 2r, 4r
<i>Guido Bonatus de Forliuio decem Continens Tractatus Astronomie</i> , Venetijs, mandato [et] expensis Melchionis Sesse, per Iacobum Pe[n]tium Leuce[n]sem, 3 julio 1506 ³²	—	898 y 900	—

²⁹ Pérez Cuenca, 2015, pp. 29-31.

³⁰ Pérez Cuenca, 2015, pp. 28-29.

³¹ Pérez Cuenca, 2015, pp. 31-32.

³² Este ejemplar permaneció a la Biblioteca ducal, al menos, hasta comienzos del siglo XX; en el año 1915 Paz y Meliá (1915, vol. 1, ilustración 29) publicó una

<i>Ioannis Driedonis... De concordia liberi arbitrij, & praedestinationis diuinae, liber unus</i> , Louanii, ex officina Rutgeri Re-seij, 1537 (Universidad Complutense de Madrid, BH FLL 6890) ³³	—	—	—
---	---	---	---

A partir de la información que obtenemos de los repertorios, concluimos que no todos los libros de Quevedo se registraron en su inventario *post mortem*, que no todos los libros procedentes de la biblioteca de Quevedo que terminaron en manos de Medinaceli se trasladaron a El Puerto de Santa María. Además, no hemos conseguido identificar todos los ejemplares de Quevedo que terminaron en San Martín en los inventarios *post mortem* de Quevedo y de Medinaceli, esto apunta a que no fue exactamente adquirida por los benedictinos la colección descrita en M 1673.

A la vista de los datos expuestos, Quevedo, tal como afirmó Tarsia, se nos presenta como un lector y estudioso infatigable. Todo hace pensar que fue costumbre en él trabajar en constante diálogo con obras y autores de todos los tiempos a través de una lectura reflexiva, como evidencian las apostillas, subrayados y pasajes resaltados con manos o cruces que dejó en los libros coleccionados a lo largo de su vida. Muy posiblemente encima de la mesa tendría las obras de los autores —y sus comentarios si los había— junto al texto que redactaba, además de las obras de referencia a las que podía acudir —diccionarios, polianteas, etc.— y sus propias anotaciones. La biblioteca que llegó a formar fue amplia y variada, según podemos deducir de los repertorios que empleamos en el proceso de reconstrucción de su biblioteca, más aún la que sospechamos que pudo llegar a utilizar, si aceptamos la consulta, en diferentes momentos de su vida, de bibliotecas de amigos, conocidos y nobles cercanos a él. La cifra final de libros adquiridos por él quizá sea menor a la citada por Tarsia —5.000 cuerpos—, pero si a su colección sumamos otras que pudo emplear, como fueron las de los duques de Osuna y Medinaceli, el número se supera con creces.

ilustración de la portada del libro con la firma y rúbrica de Quevedo; actualmente desconocemos su paradero (Pérez Cuenca, 2015, pp. 23-25).

³³ Pérez Cuenca, 2015, p. 32.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ MÁRQUEZ, María Carmen, «La biblioteca de don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII duque de Medinaceli, en su palacio del Puerto de Santa María», *Historia. Instituciones. Documentos*, 15, 1988, pp. 251-390.
- BOUZA, Fernando, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- CARREIRA, Antonio, «Quevedo y su elogio de la lectura», en *Quevedo en la redoma. Estudios sobre su poesía*, Ciudad de México, El Colegio de México (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios), 2021, pp. 211-225. Publicado antes en *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 1, 1997, pp. 87-97.
- DADSON, Trevor J., «Las bibliotecas de la nobleza: dos inventarios y un librero, año de 1625», en Aurora Egido y José Enrique Laplana (eds.), *Mecenazgo y humanidades en tiempos de Lastanosa. Homenaje a Domingo Ynduráin*, Huesca / Zaragoza, Instituto de Estudios Alto Aragoneses / Institución «Fernando el Católico», 2008, pp. 253-302.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Carlos, y Sofía SIMÕES, «Nuevas aportaciones a la biblioteca de Francisco de Quevedo», *Manuscr. Cao*, 11, 2011, pp. 1-54.
- LÓPEZ GRIGERA, Luisa, *Anotaciones de Quevedo a la «Retórica» de Aristóteles*, Salamanca, ed. de la autora, 1998.
- LÓPEZ POZA, Sagrario, «La erudición como nodriza de la invención en Quevedo», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 3, 1999, pp. 171-194.
- MALDONADO, Felipe C. R., «Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino, 1910-1970*, Madrid, Castalia, 1975, pp. 405-428.
- MARTINENGO, Alessandro, *La astrología en la obra de Quevedo*, Madrid, Alhambra, 1983.
- MOYA DEL BAÑO, Francisca, *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos. Las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*, Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia, 2014.
- NIDER, Valentina, «Las anotaciones quevedianas a las *Catecheses* de san Cirilo de Jerusalén», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 17, 2013, pp. 259-299.
- PAZ Y MELIÁ, Antonio, *Serios de los más importantes documentos del archivo y biblioteca del duque de Medinaceli*, Madrid, s. n., 1915-1922, 2 vols.

- PERAITA HUERTA, Carmen, «Comercio de difuntos, ocio fatigoso de los estudios: libros y prácticas lectoras de Quevedo», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 7, 2003, pp. 271-295.
- PERAITA HUERTA, Carmen, «Marginalizin Quevedo: Reading Notes and the Humanistic Persona», *Variants*, 2-3, 2003-2004, pp. 37-60.
- PERAITA HUERTA, Carmen, «Mapas de lectura, diálogos con los textos: la *Carta al rey Luis XIII* y las anotaciones en el ejemplar de la *Utopía* de Quevedo», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 8, 2004, pp. 321-335.
- PÉREZ CUENCA, Isabel, «Las lecturas de Quevedo a la luz de algunos impresos de su biblioteca», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, 7, 2003, pp. 297-334.
- PÉREZ CUENCA, Isabel, «La reconstrucción de la biblioteca hipotética de Francisco de Quevedo: viejos problemas y nuevos hallazgos», *Analecta Malacitana*, 38.1, 2015, pp. 7-53.
- PÉREZ CUENCA, Isabel, «La biblioteca de Quevedo: una revisión bibliográfica», en Mariano de la Campa Gutiérrez, Ruth Fine, Aurelio González y Christoph Strosetzki (eds.), *El libro y sus circunstancias. In memoriam Klaus D. Vervuert*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2019, pp. 23-42.
- QUEVEDO, Francisco de, *Epistolario*, ed. de Luis Astrana Marín, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.
- QUEVEDO, Francisco de, *Obras*, colección completa corregida, ordenada e ilustrada por Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Madrid, Atlas, 1946-1951 [1852 y 1859], 2 vols.
- TARSIA, Pablo Antonio de, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, ed. y estudio de María Rocío Lepe García, Huelva, Universidad de Huelva, 2020.
- TOMÁS MORO, santo, *Utopía*, traducida del latín en castellano por don Jerónimo Antonio Medinilla y Porres, Córdoba, por Salvador de Cea, 1637.
- VEGA, Lope de, *Laurel de Apolo*, ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2007.

Este volumen incluye dieciséis trabajos sobre *Los sueños* de Quevedo, escritos con diversidad de enfoques y metodologías. En la primera sección, «Quevedo en su contexto histórico-cultural», se sitúa al autor en su tiempo, tanto en el plano histórico-político (Usunáriz) como en el lingüístico (Tabernero Sala), y se ofrecen otras aproximaciones a Quevedo como humanista (Roncero) y a su biblioteca (Pérez Cuenca), se analiza su relación con Góngora (Carreira) y se estudia lo relativo al diablo y la demonología en la época (Zamora Calvo). Los siguientes nueve trabajos son otras tantas «Aproximaciones a *Los sueños*»: la respuesta a cómo y por qué leer esta obra en nuestros días (Navarro Durán), su complejo panorama textual (Azaustre Galiana), cuestiones atinentes al género literario y el decoro (Fernández Mosquera), la relación de Quevedo con Luciano de Samósata (Gridoriadou), análisis relacionados con la caricatura y la sátira de oficios y estados (García Valdés, Madroñal, Mata Induráin) o cuestiones relativas a la iconografía de *Los sueños*, ya sean las ilustraciones de Antonio Saura y Luis García-Ochoa (Marigno) o los dibujos de Miguel Ourvantzoff (Espejo Surós). Cierra el volumen el apartado de «Metodología en contexto», a cargo de Philippe Rabate, quien brinda valiosas orientaciones prácticas para que los candidatos franceses de la *Agrégation externe* aborden con garantías de éxito la prueba de la *dissertation*. Sin duda estas contribuciones no pueden abordar la totalidad de las cuestiones que convoca una obra tan compleja como *Los sueños*, pero ofrecen una muestra de muchos de sus aspectos más relevantes, que serán de utilidad también para aquellas personas interesadas en Quevedo y, en general, en la literatura de nuestros Siglos de Oro.

Javier Espejo Surós es Doctor en Filología Hispánica por las Universidades de Lleida y Rennes 2 Haute Bretagne calificado a las funciones de profesor titular. Ha publicado ediciones y estudios sobre el teatro de los Siglos de Oro, el diálogo, la literatura sapiencial y la historia de las mentalidades y de los sistemas de representación en la época áurea. Es investigador del Centre d'études Supérieures de la Renaissance (Université de Tours-CNRS-UMR 7323). Actualmente enseña la literatura y civilización españolas en la Université Catholique de l'Ouest (Angers).

Carlos Mata Induráin, Catedrático acreditado de Literatura, es investigador y Secretario Académico del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra y Secretario del Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA). Es asimismo correspondiente en España de la Academia Boliviana de la Lengua Española. Sus líneas de investigación se centran en la literatura española del Siglo de Oro (comedia burlesca, Calderón, Cervantes y las recreaciones quijotescas, piezas teatrales sobre la guerra de Arauco, etc.). Es autor del blog de literatura «Ínsula Barañaria».



Universidad
de Navarra

GRUPO DE
INVESTIGACIÓN
SIGLO DE ORO